

MONTREAL, QUÉBEC. REFLEXIONES SOBRE UN TERRITORIO URBANO DE AMÉRICA

Yves Deschamps*

Una ciudad americana

Hay gente por el mundo que sueña con Praga, Kyoto o Granada, muy pocos con Montreal. Es de justicia. Si la gente de una ciudad no mira a su propio ambiente de vida, no se debe esperar a que los extranjeros lo hagan.

En el ámbito de la arquitectura, del paisaje o del urbanismo, Montreal no es autoridad y no quiero ofrecerla como modelo. Pero tampoco estoy en busca de modelos para Montreal. Más bien intento establecer un diálogo con representantes de regiones y culturas que tampoco son autoridad, entre las cuales la conquista de dicha autoridad no aparece tan urgente como la elaboración de ideas o prácticas apropiadas dentro de sus propios territorios. En este contexto, la falta de autoridad de Montreal se convierte paradójicamente en ventana.

En su libro «El interior de la historia», la arquitecta y teórica argentina Marina Waisman escribió: «Una barrera de incomunicación bloquea el intercambio de información entre paisajes marginales»¹. Si eso puede decirse de más de veinte naciones vecinas, unidas por lengua e historia, tiene que ser aún más relevante para una pequeña región poblada por siete millones de francoparlantes y enclavada en un espacio cultural ajeno, extremadamente homogéneo... y autoritario.

Como Iberoamérica, Quebec es un territorio de América al margen de las corrientes que definen la arquitectura contemporánea. Pues el derrocamiento de la barrera de incomunicación le importa mucho, quizás más que a Iberoamérica.

* Arquitecto. Universidad de Montreal (Canadá).

¹ WAISMAN, Marina, *El interior de la historia*. Bogotá, Edit. Escala, 1990, p. 67.

Territorio

«Thoreau se concentraba en la totalidad del ambiente natural, la parte -casi se puede decir sin paradoja- de la cual sus contemporáneos se habían olvidado» (Lewis Mumford)².

«Primero les debo pedir que amplíen la palabra arte más allá de lo que es conscientemente obra de arte, que incluyan en ella no sólo pintura, escultura y arquitectura, sino las formas y colores de todos los objetos domésticos, y hasta, siguiera, el arreglo de los campos para cultivo o pasto, la gestión de las ciudades y de nuestras carreteras de todos tipos» (William Morris)³.

La palabra territorio evoca un espacio limitado por una frontera, una jurisdicción, exclusiones e inclusiones y, quizás, una defensa. Estando preocupados por ciudades y arquitecturas, esas realidades nos interesarán, pero, a lo mejor, menos que la de hábitat, la de espacio y paisaje habitados, encarada, por un lado, como totalidad (la cita de Mumford) y, por otro, como objeto mirado y cultivado con arte (la de Morris).

Hoy en día, la idea de totalidad compleja, de la cual el individuo o las sociedades humanas no son más que componentes, es ampliamente aceptada. Más consciente del carácter precario y marginal de su intervención en la totalidad, todavía mal comprendida, que es la ciudad contemporánea, el arquitecto ya no ve más el territorio como un material neutro y totalmente controlable, sino como una realidad autónoma y viva que impone el respeto.

Sin embargo, respeto no quiere decir parálisis, no hay territorio sin sociedad. Por valiosa que sea, esta nueva actitud no puede eliminar la necesidad de acondicionar y adaptar el espacio con arreglo a las necesidades y deseos de sus habitantes. Depende entonces de cómo lo miramos y de las acciones que se derivarán de esta mirada. Depende de la constante evolución de nuestra mirada colectiva y de nuestro modo de habitar.

Finalmente, el territorio, como lugar y soporte de las culturas, es un bien colectivo particularmente vital en regiones como las nuestras, donde frecuentemente se ha pensado que el espíritu del tiempo y la modernidad exigen que se renuncie al espíritu del lugar y a la autonomía crítica regional.

² MUMFORD, Lewis, *The Brown Decades*. New York, Edit. Dover, 1971 (1931), p. 30.

³ MORRIS, William, «Art Under Plutocracy», in ZABEL, Gary (ed.), *Art and Society*. Medford MA, George's Hill Publications, 1993, pp. 19-20.

Patrimonio

En *The Seven Lamps of Architecture*, John Ruskin escribía, a propósito de los edificios antiguos:

«No tenemos derecho de tocarlos. No son nuestros. Por una parte, pertenecen a los que los construyeron y, por otra, a todas las generaciones humanas que van a seguirnos»⁴.

Con esta frase, toco el tema específico de nuestra conferencia. El territorio es una totalidad espacial, pero, del mismo modo que los edificios de que trata Ruskin, participa también de una continuidad histórica. Por consiguiente, es objeto de una responsabilidad histórica colectiva que no puede separarse de la noción de patrimonio. Debemos a las generaciones futuras lo que recibimos de las pasadas. El cumplimiento de este principio, ya problemático en la Inglaterra victoriana de Ruskin, resulta aún más difícil en nuestras sociedades heterogéneas y cambiantes.

Hoy en día, como hace un siglo y medio, dos tentaciones opuestas amenazan la gestión patrimonial del territorio: la modernización a ultranza y la conservación total. Durante los últimos años, la primera se ha denunciado con mucha razón, pero, al mismo tiempo, la segunda ha alcanzado el estatuto de religión cívica. En Montreal, por lo menos, el respeto del pasado y del contexto (o de ciertas representaciones de ellos) sirve de pretextos para justificar la imitación (el «cloning») de ordenaciones, tipos y detalles estilísticos. Así, lo que se quería preservar se ha desnaturalizado y trivializado y, además, el presente se encuentra privado de expresión propia. El territorio resulta inmovilizado, transformado en museo de sí mismo.

Hablaremos de nuevo de eso más adelante. Para mejor comprender el contexto y las circunstancias de esta situación bloqueada, se debe empezar por una breve reseña histórica del territorio de que estamos tratando.

Montreal

Montreal fue fundada en 1642 por colonos franceses, pero son el siglo XIX y el dominio inglés los que la convirtieron en ciudad comercial, industrial, pragmática, casi desprovista de monumentos u ordenaciones simbólicas.

En el siglo XX, olas sucesivas de desarrollo (la del tren y del tranvía hacia 1900, la del automóvil hacia 1950) hicieron estallar la densidad inicial y la mixidad

⁴ RUSKIN, John, *The Seven Lamps of Architecture*. New York, Noonday Press, 1961, p. 186.

de funciones que la acompañaba y dispersaron los establecimientos industriales y los suburbios residenciales por todo el archipiélago, y a lo largo de las dos bandas del río. Hoy en día, Montreal no es Londres, ni Chicago, ni Los Ángeles, pero contiene un pedazo de cada una según los modelos que se impusieron a ella durante las diversas etapas de su evolución.

Después de los años 70, el dinamismo de inicios del siglo ha sido reemplazado por una lenta decadencia económica. Sin embargo, el movimiento de dispersión sigue. A pesar de apariencias incoherentes y discontinuas, está construyendo un paisaje todavía sin nombre. No es ciudad, ni campo, ni exactamente suburbio, si se refiere al sentido acostumbrado de esta palabra, que supone una relación fuerte a un centro urbano.

De hecho, en su forma física, Montreal se caracteriza por sus huecos, por sus ausencias más que su presencia: ausencia de Plan, ausencia de conflictos, pero, también, de dinamismo, de imaginación.

Bloqueo

Ausencia de conflictos porque es el consenso mínimo que pudo alcanzar una sociedad dividida, porque cada uno de los componentes (francófonos, anglófonos, inmigrantes con otras lenguas) que comparten su espacio se encuentra bastante fuerte para poner trabas a los proyectos de los otros, pero no para realizar los propios.

La trama regular que cubre la mayor parte de la zona urbana nos proporciona una ilustración de este bloqueo. Su regularidad no es la consecuencia de una voluntad ordenadora poderosa como la de las Ordenanzas de población españolas en Iberoamérica, o de los «Comissionners» que, en 1811, extendieron un sistema de cuadrículas regulares a toda la Isla de Manhattan.

De hecho, la trama de Montreal no es un ordenamiento urbano. Es un catastro rural absorbido por el ensanche de la ciudad y adaptado a usos urbanos. El paisaje se ha desarrollado, a partir de esa traza, en un marco reglamentario bastante preciso en el detalle, establecido esencialmente con arreglo a problemas técnicos (tránsito rodado, alcantarillado y otras redes). Se caracteriza por su generosidad espacial y su baja densidad. La mayor parte de Montreal se desarrolló en el tiempo del transporte fácil y, tan pronto como pudieron, sus habitantes se fueron del centro y se establecieron en barrios periféricos siempre menos densos y más residenciales. Hoy mismo, este movimiento de dispersión prosigue, a pesar de la decadencia y de una cierta toma de consciencia de los problemas que esto acarrea.

Otro rasgo tradicional del uso del territorio en Montreal es la precariedad de las construcciones. Después de los primeros años del siglo pasado, casi nunca se construyó un edificio con la intención de que dure más de cincuenta o cien años. La evolución rápida de las técnicas hace la situación aún más complicada y el reparto casi

imposible o demasiado costoso.

Las calles comerciales que sirven de centro a la mayoría de los barrios (casi no hay plazas en Norteamérica) manifiestan este problema de modo aún más evidente. En este caso, lo provisorio y barato es casi la norma. Es menester adaptar rápidamente los edificios a nuevos usos para los cuales no eran concebidos. Es urgente ser visto en el caos siempre más agresivo de las vallas publicitarias; uno debe aprovechar la impresión de novedad y rentabilizar la instalación en pocos años, ya que el futuro no es seguro. Así, todo llega a ser permitido y la conservación del edificio (la mayoría de las veces alquilados a propietarios indiferentes) resulta frecuentemente descuidada.

Los municipios mismos otorgan pobres ejemplos de cuidado con el ambiente. La crudeza de los inviernos, que es un elemento fundamental de la vida en esta región del mundo, puede explicar en parte la mala conservación del dominio público: calles llenas de baches, aceras agrietadas, árboles quebrados, equipo urbano en mal estado. De hecho, cuatro meses al año, la nieve dificulta mucho las obras de reparación y mantenimiento. Pero después de 450 años de experiencia urbana en Canadá, uno se puede extrañar de la inexistencia de un diseño urbano adaptado a las condiciones específicas del territorio.

En cierto modo, se puede decir que el descuido y la improvisación de los poderes públicos es la base de la falta de interés de los ciudadanos privados en la calidad del territorio.

Modelos

A veces, expertos propusieron remedios a esta mala salud del territorio montrealense, remedios ofrecidos por la «caja de herramientas» arquitectónica y urbanística internacional. En los tiempos fastos de la Exposición Universal de 1967, unos encaraban una definición nueva y radical de la forma urbana. Sin discutir más adelante el valor de sus proyectos, se puede decir que suponían un Plan, amplios recursos y una voluntad fuerte y constante, cosas muy improbables en un contexto donde la política urbana siempre ha sido reducida a la yuxtaposición más o menos armoniosa de intereses privados.

En los años siguientes, apareció poco a poco una actitud mejor adaptada a las tradiciones políticas y al contexto de la ciudad, ideas extraídas del fondo común del postmodernismo. Esta vez, no se trataba ya de la invención de una ciudad nueva, sino de la protección de la existente.

Esta posición encontraba apoyos más amplios en el público. Además, les correspondía mejor, teóricamente, a las necesidades de una ciudad estabilizada o decreciente. Nociones a las cuales me he referido, como la de «mirada atenta» sobre la ciudad, o la de «responsabilidad cívica» frente a ella, deben mucho a los debates

que han animado el Medio montrealense durante los últimos treinta años.

Sin embargo, este movimiento también tiene sus límites, y me parece que, en Montreal, los ha alcanzado después de varios años. Eso, en primer lugar, porque, aunque insiste en el respeto del contexto local, se ha establecido en Montreal desde los centros universales del pensamiento arquitectónico que ya he evocado (esencialmente Yale y Nueva York). Así, ha creado la ilusión de una equivalencia de todas las situaciones, y exportado formas «contextualistas» que, curiosamente, son las mismas en todas partes. Ahora bien, por ejemplo, no se puede hablar de conservación del patrimonio en un país de antigua y variada tradición arquitectónica, y en una ciudad joven, cuyo patrimonio edificado es reciente, utilitario, precario y repetido en muchos ejemplares.

En Montreal, la preocupación conservacionista triunfó hasta paralizar toda crítica de lo existente -aunque sea muy perceptible-. Sin muchos matices, el pasado se «canonizó» globalmente. So pretexto de respeto al pasado, se multiplican, con el apoyo de los gobiernos provincial y municipal, imitaciones dudosas. Y eso podría ser nada más que ridículo si los que diseñan o aceptan tales ejercicios estilísticos no pensarán haberse así librado de responsabilidades mucho más serias.

Cultura

En su libro *The Brown Decades* (1931), Lewis Mumford escribió:

«El cultivo continuo de la tierra, y la del pensamiento a través de la tierra, es la señal de una alta civilización».

El capítulo en el cual se encuentra esta frase se refiere a un norteamericano que tuvo un papel mayor en la toma de conciencia del valor de los territorios, valor no sólo económico, como se había pensado hasta entonces en su parte del mundo, sino más ampliamente cultural. En el período crítico, cuando el desarrollo industrial y urbano empezó a transformar de modo irreversible los territorios de Estados Unidos, Frederick Law Olmsted supo imaginar ordenamientos paisajísticos, a la vez atentos a lo existente (natural y cultural), y creadores de espacios necesarios de una nueva civilización urbana. Montreal es privilegiada con una de sus obras, el Parc du Mont Royal (1873-1881), uno de los más preciosos elementos de su patrimonio.

El ejemplo que da Olmsted de equilibrio entre atención e innovación me parece muy relevante en el Montreal contemporáneo que sigue invisible en los ojos de muchos de sus habitantes. La presente fijación en imitaciones estilísticas ilustra una actitud generalizada de desconfianza, un sentido de la incompetencia del presente, no sólo en respetar el depósito del pasado, sino en tomar el relevo, en

cultivar, a su vez, el campo patrimonial y enriquecerlo con éxito equivalente o superior al de las generaciones precedentes. Demasiados arquitectos, urbanistas o funcionarios de los municipios prefieren renunciar al uso de la imaginación por miedo de reacciones de los grupos de defensa del patrimonio. La falta, por supuesto, no es de esos últimos, ni deben callarse por eso, pero tampoco se puede parar la historia.

Un paisajista montrealense, Philippe Poullaouec-Gonidec, escribió recientemente:

«...el cambio no es necesariamente amenazador [...] es normal que unos paisajes mueran y que otros se creen, ya que el paisaje es la calificación de un espacio por la mirada».

Así, el paisaje no sólo cambia por sí mismo, por la evolución de los elementos concretos que lo constituyen, sino también porque cambia nuestra mirada, la cual no puede ser sino contemporánea, ni respetar verdaderamente el pasado e integrarse en la continuidad histórica (Ruskin) sin criticar este pasado y preparar el patrimonio de mañana.

La mirada de hoy tiene que apuntar a una cultura del lugar, del territorio, viva y activa. La raíz común de las palabras «cultura» y «cultivo» es evidente. El territorio de una ciudad como Montreal nunca es un objeto completo que sólo se puede conservar. Es el hábitat de una sociedad múltiple y volátil, un árbol, siquiera, que a veces se debe hasta podar para que la próxima cosecha sea tan buena o mejor que las pasadas.

Termino con una última cita de Marina Waisman que es también un homenaje a su memoria. Ella definía así el Patrimonio:

«...un valor cultural no consumible, sino productivo: productivo de nuevas ideas como de mejores ámbitos de vida».

No puedo encontrar una fórmula mejor para definir también lo que debe ser el territorio.

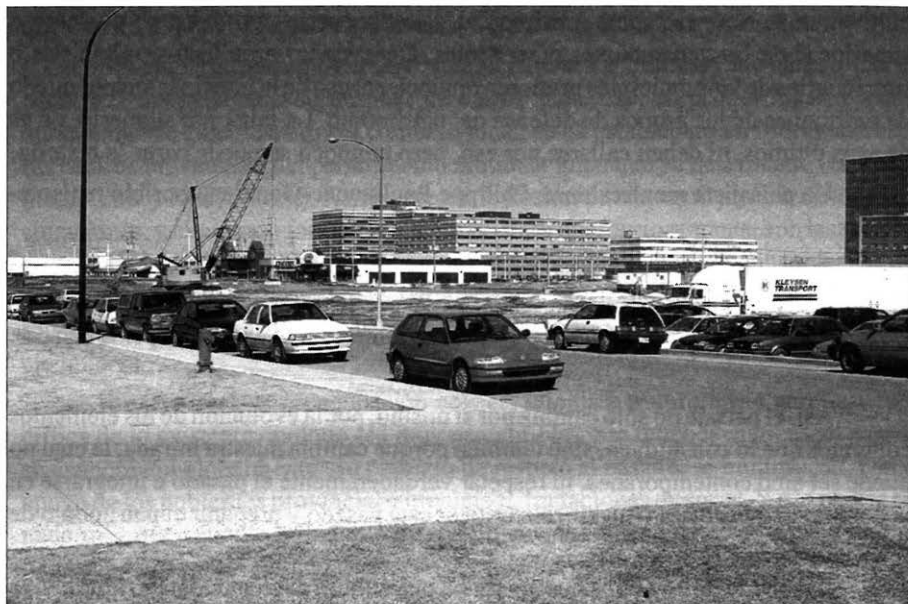


Ilustración 1. Vista del mercado central de Montreal.



Ilustración 2. Vista de la avda. del Parque (Montreal), lado este.



Ilustración 3. Mobiliario urbano en la avda. del Parque (Montreal).

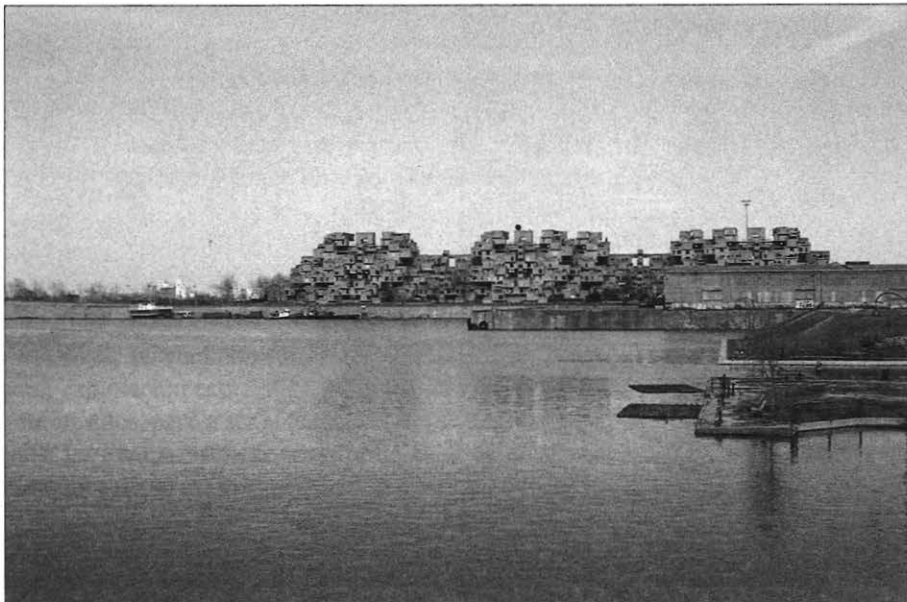


Ilustración 4. Vista de Habitat 67, de M. Safdie.



Ilustración 5. Rue Laval, en Montreal.

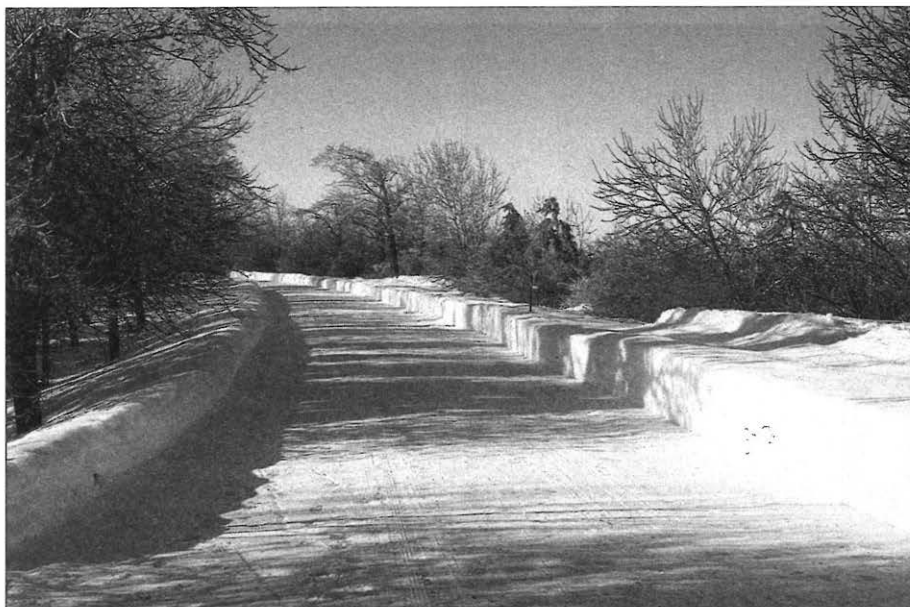


Ilustración 6. Vista del Parque del Mont Royal (F.L. Olmsted, 1873-1881).